

## LA CUESTION EXTRANJERA.

*Paso del Norte, Diciembre 31 de 1865.*

Nuevas peripecias, enlazadas con la vuelta del gobierno nacional á Chihuahua, y con su regreso posterior á esta Villa, han trastornado otra vez el órden regular de nuestras revistas, obligándonos á condensar en la presente los sucesos de los tres últimos meses del año que acaba hoy.

Nuevas pruebas tenemos que consignar en esta vez, de la política versátil y contradictoria del soberano á quien debe México las desgracias que está sufriendo en la actualidad. Ya con frecuencia hemos tenido ocasion anteriormente de patentizar su falta absoluta de sistema fijo, aun en los negocios de mayor importancia, demostrando que no atiende nunca á otra cosa que al modo de salir de la necesidad del momento. Poco le importan entónces las promesas mas sagradas, los compromisos mas solemnes. Sin curarse de incurrir en monstruosas contradicciones, deshace hoy lo que habia hecho ayer.

De esta versatilidad extraordinaria, que podrá ser estimada por algunos como una prueba de suma habilidad, pero que no puede conciliarse con los principios de la justicia y de

la rectitud, se ha ocupado últimamente el célebre republicano Félix Pyat, en un folleto destinado á poner en evidencia algunos de los actos mas reprehensibles del emperador de los franceses. Sentimos que la demasiada extension del interesante opúsculo á que nos referimos, no nos permita consignar sus principales aseveraciones, fundadas en datos históricos irrecusables. Allí se demuestra la perfidia sistemática con que ha obrado Napoleon, primero en contra de la república francesa, despues en contra de la república romana, y por último en contra de la república de México. A los que quieran conocer la innoble conducta observada en tales empresas por el hombre de Diciembre, recomendamos la lectura de la obra de Pyat, en la que, no por el constante desahogo de las pasiones democráticas de su autor, se falta en un ápice á la verdad.

Del jesuitismo napoleónico tenemos otra constacia reciente, en lo relativo á la manera con que el gobierno frances ha procedido en el ruidoso asunto de la convencion de Gastein. Este acto escandaloso del Austria y de la Prusia ha sido generalmente considerado con un carácter tan odioso, como el que tuvo la division de la Polonia. No obstante tal circunstancia, se ha dejado que se consume impunemente. Napoleon se ha limitado á hacer que su ministro de relaciones pase una circular á los diplomáticos franceses en el extranjero, expresando su reprobacion del atentado austro-prusiano. De poco servirá ciertamente á los sacrificados á la ambicion de dos potencias poderosas, la elegía fúnebre á que se reduce todo el auxilio que les ha dado Napoleon III. En ella llama la atencion el descaro con que él y su órgano Dronyn de L'Huys se atreven á hablar del principio de las nacionalidades, quejándose en tono lastimero de los abusos cometidos por la fuerza contra el derecho. El mas severo

moralista no se hubiera expresado en términos mas violentos que el hipócrita y advenedizo príncipe, para quien el sistema de las nacionalidades es un juguete cuando así conviene á sus miras, y que tantas veces, como hoy en México, ha abusado de la fuerza de que dispone, para conculcar los derechos mas respetables. Al contemplar este paralelo, el filósofo reirá con esta nueva escena de la eterna comedia humana: el patriota se llenará de indignacion con tanta doblez y tanta perfidia; y los agraviados tendremos derecho de recordar que Tartufo es un tipo frances.

El plan de Napoleon parece ser, el que comunmente se observa en el mundo, de tolerar las injurias de los poderosos, y de ser altanero con los desvalidos. Al caso de México va á agregarse ahora el de las satisfacciones que se exigirán á la reina Rasoharina de Madagascar, por su negativa á pagar una indemnizacion francesa, tan infundada acaso como la del suizo Jecker. Para que resplandezca en la historia la justificacion de Napoleon III, basta la simple consignacion de su política. Deja sucumbir á la Polonia, por no malquistarse con la Rusia: consiente en que se repartan como ganados las poblaciones de los ducados de Schleswig-Holstein, por no provocar una guerra con Austria y con Prusia; pero como Madagascar y como México son reputados presas fáciles, con ellas se despliega la soberbia que mejor convendria en los otros casos.

Muy fundadas esperanzas tenemos, sin embargo, de que la pirática invasion mexicana, considerada al principio de tan fácil realizacion que se creyó suficiente la patrulla de Lorencez, y que fué tomando posteriormente proporciones tan inesperadas para el agresor, acabe por convertirse en una dificultad insuperable, al extremo de pasar á la historia, no como el acto mas glorioso del reinado de Napoleon

III, sino como el mas disparatado. Los embarazos cada vez mayores de una empresa, en la que á la fecha quisiera indudablemente no haberse metido, da á nuestro aserto el carácter de una formal demostracion.

Las complicaciones en que se encuentra ya Napoleon para atender desde ahora á la guerra con los anti-intervencionistas de México, complicaciones que llegarían á un punto incalculable en él nada remoto caso de un conflicto con los Estados-Unidos, vuelven á tomar incremento con motivo de una nueva insurreccion en la Argelia, colonia que la Francia no ha podido pacificar en el largo espacio de treinta y cinco años, á pesar de tenerla tan á la mano. No sabemos cómo esta leccion no ha servido de retraente para que no se emprendiera la descabellada expedicion á México, donde el resultado ha de ser por necesidad todavía ménos satisfactorio.

Para comprender cuán probable es en la actualidad un rompimiento entre los Estados-Unidos y la Francia, basta mencionar de pronto, fuera de los otros datos de que hablarémos despues, el de la nota que ha pasado Mr. Seward al gobierno imperial, consignando la política definitiva del presidente Johnson. Aunque se ha querido quitar á esa comunicacion el carácter de ultimatum, habiendo quien niegue hasta la existencia de ella, no cabe duda en que ha sido remitida, ni la hay tampoco en que, cualesquiera que sean los términos precisos de su redaccion, marca de una manera bien clara el firme propósito de no consentir en la consolidacion del improvisado trono de Maximiliano.

¿Cuál será el efecto de tan perentoria manifestacion? Evidentemente favorable en todo sentido para nosotros. O aprovechando Napoleon la oportuna advertencia que se le hace todavía, retira sus tropas con cualquier pretexto mas ó mé-

nos ingenioso, y deja así condenado á una ruina próxima é inevitable el grotesco edificio del imperio mexicano; ó encaprichándose por un mal entendido amor propio en no acceder á la intimacion que ha recibido, lleva las cosas al grado de entrar en lucha con una nacion, cuyos elementos militares hacen incuestionable su triunfo. Uno ú otro de los dos extremos de esa disyuntiva, dará el mismo resultado esencial en cuanto á la salvacion de la república mexicana.

Segun las últimas noticias recibidas de Europa, al primer partido es al que parece inclinarse nuestro desilusionado invasor. Dase en efecto por seguro que está ya acordada la retirada de las tropas francesas para Agosto ó Setiembre del año entrante, en confirmacion de lo cual se hace mencion hasta de algunos incidentes particulares, como el de la orden dada por el mariscal Bazaine para que se le tenga lista una casa de que es dueño en Paris, y que poco ántes habia dispuesto fuese alquilada. En un político tan falso como Napoleon, no seria extraño que semejante indicacion se encaminara únicamente al objeto de alucinar al gobierno de Wasington, aparentando que iba á hacer lo que no se propusiera cumplir. Con todo, tal conjetura nos parece infundada por diversas razones. El disimulo seria imposible, supuesta la necesidad de seguir enviando refuerzos al cuerpo expedicionario de México, ó estar resuelto á llevar adelante la intervencion. Siendo de poca duracion el engaño, no daría ningun provecho positivo, y sí pondría las cosas de peor condicion. Además, para creer en la realidad del propósito de la retirada, hay que tener presente, aun prescindiendo del ultimatum norteamericano, que es ya una verdadera necesidad para la Francia, la de poner término á una empresa costosa é irrealizable: que tal es el sentimiento general del pueblo frances: que aun los mismos ministros im-

periales se expresan á cada momento en ese sentido, indicando varios de ellos, y en primer lugar Fould, su intencion de renunciar en caso contrario; y sobre todo, que las dificultades financieras, complicadas con la larga duracion de la obra intervencionista, no dan ya lugar á nuevas demoras.

Hasta aquí ha podido evitarse aparentemente ese escollo, gracias á los dos empréstitos sucesivos con que se ha logrado, á fuerza de aglomerar sacrificios sobre el nuevo imperio, tener lo suficiente para los gastos mas apremiantes de la situacion. Algunos de los compromisos contraídos en los ominosos convenios de Miramar, han podido así cubrirse, á expensas de un porvenir incierto y bien poco halagüeño. Pero esos paliativos han dejado ya de producir su efecto: el producto líquido de los dos ruinosos empréstitos ha desaparecido en la vorágine del sostenimiento de las fuerzas extranjeras, y de la caja particular de Maximiliano y de Carlota. La necesidad queda en pié, mas apremiante que nunca, sin medios ya de satisfacerla. Un tercer empréstito seria irrealizable, no solo por los inconvenientes intrínsecos de tales operaciones reproducidas con frecuencia, sino especialmente por la imposibilidad de encontrar nuevos y cándidos prestamistas, despues de la solemne declaracion hecha en Washington de no consentir en la subsistencia del imperio mexicano, sufragáneo del de Francia. Consumidos los recursos anteriores, siendo imposible conseguir otros, y temiéndose que cubrir un presupuesto enorme, del que solo una pequeña parte se puede sacar de las rentas del país invadido, no quedaria ya otro arbitrio en el supuesto de que permanecieran en México las tropas expedicionarias, que el de hacer pesar sobre el tesoro frances un gravámen fuerte, constante, inagotable y de imposible pago.

Este inconveniente, real é inevitable, no se salva con medidas ilusorias, por mas que el espíritu de partido quiera presentarlas con una importancia de que carecen. Aludimos á la conversion de los bonos del primer préstamo de Maximiliano, y al establecimiento de un banco de México. La conversion ha tenido el objeto de contentar á los desventurados suscritores, cuyas acciones caminaban en una baja continua, y á quienes se ha favorecido por medio de combinaciones encaminadas á ponerlos al nivel de los segundos prestamistas, con el establecimiento de loterías, la creacion de un fondo de amortizacion, y las otras ventajas de que nos ocupamos detenidamente cuando analizamos esta operacion. No cabe duda en que así se ha trabajado en favor de los acreedores del imperio de Maximiliano; pero precisamente por ese motivo se ha gravado de nuevo al tesoro deudor, aumentando de consiguiente las ya terribles dificultades con que estaba teniendo que luchar. En cuanto al establecimiento de un banco, que va á quedar encargado de la recaudacion, manejo y distribucion de las rentas públicas, con su correspondiente retribucion por ese trabajo, no es fácil comprender de qué manera servirá tal medida para aumentar los ingresos del erario, resultado único que pudiera influir en proporcionar algun desahogo al erario imperial. La cuestion pecuniaria se conserva en toda su fuerza, no obstante esos dos decantados arbitrios. Despues de ellos, lo mismo que ántes, se trata de un enorme presupuesto, que no se tiene con que cubrir.

Cuando son tantas y de tanta magnitud las razones que se aglomeran en contra de la continuacion de la intervencion francesa, repetimos que no es presumible que por tal extremo se decida el ánimo acongojado de Napoleon III. Sabemos que procura inclinarlo su consorte á que no desis-

ta de tan descabellada empresa, y aun se asegura que la emperatriz Eugenia, con todo el fanatismo de una dama española, ha escrito un opúsculo con el título de "México bajo un punto de vista providencial," en el que sin duda aparecerá la Providencia Divina como cómplice del atentado cometido con nosotros. Por grande que se suponga la influencia de la mística autora, no es de creerse que baste para inducir á Napoleon á no cejar en una empresa condenada por la sana política. Si lo contrario sucediera, tanto peor para Napoleon y para Eugenia.

La consideracion mas poderosa que debe obrar en el ánimo del primero, es la del aislamiento en que indudablemente se encontraría, si llegara á estallar la guerra con los Estados-Unidos. En vano procuran algunos de los periódicos intervencionistas dar á entender que contaria con el auxilio de ciertas potencias europeas, cuando es incuestionable que no hay una sola que á la vez pudiera y quisiera prestárselo.

La única cuya cooperacion podria serle de alguna utilidad, seria la Inglaterra; pero es de todo punto evidente que esa nacion evitará á todo trance un rompimiento con su antigua colonia, cuando á los graves motivos anteriores que la han obligado á proceder con la mayor circunspeccion en sus relaciones con los Estados-Unidos, se agregan ahora nuevas y todavía mas poderosas causas de retraimiento. Tales son: la muerte de lord Palmerston, á consecuencia de la cual son presumibles trastornos interiores, que ciertamente no se agravarán con voluntarias complicaciones en el exterior: la insurreccion que ha estallado en Jamaica, y la guerra de Nueva Zelanda con los maoris: el peligro que corre su imperio en la India, á resultas de los continuos progresos de la Rusia en el Asia Central; y mas que nada, el amago de una insurreccion en Irlanda, á virtud del formidable desar-

rollo que ha tomado el fenianismo, cuya accion, concentrada en los Estados-Unidos, tendria las consecuencias mas trascendentales, luego que los irlandeses contaran con el apoyo declarado de aquellos. La Inglaterra es demasiado cauta para exponer intereses de tanta cuantía, por una alianza ofensiva y defensiva con la Francia, para salvar el trono de Maximiliano.

No es tampoco de la España de donde pudiera Napoleon obtener auxilios eficaces. Sus relaciones con la reina Isabel han tomado últimamente un carácter de mayor estrechez, como resultado de las entrevistas que ambos soberanos tuvieron hace poco en las fronteras de sus Estados. Napoleon habia lastimado ántes el orgullo español, al manifestar, en el acto solemne de la recepcion oficial del marques de Lema, que estaba siendo muy frecuente el cambio de los embajadores españoles. Esta gratuita ofensa quedó despues como olvidada por la cordialidad aparente de las entrevistas referidas. No considerándose que ellas se limitaran á una simple demostracion de cortesía, se ha dado por seguro que tendrian por objeto tratar de graves negocios públicos. Ha ya sido así ó no, está fuera de duda que no se han de haber relacionado con la cuestion mexicana, sino mas bien con la de Roma ó con otras. La situacion actual de la España no es á propósito para tomar cartas á favor de Maximiliano. Sus cuestiones interiores son demasiado serias, para permitirle que se divague en lo que no le importa ni le concierne, principalmente cuando tiene pendientes con el Perú y con Chile, cuestiones que han provocado ya una hostilidad abierta con la segunda de esas repúblicas, y que están tambien á punto de provocarla con la primera. En esas discordias no se considera extraño á Napoleon, de quien se presume que las fomenta estudiadamente, para distraer la aten-

cion de los Estados-Unidos de los asuntos de México. Como quiera que sea, no es la época actual, de sumo conflicto para la España bajo diversos aspectos, en la que pueda temerse que se declare contra la República mexicana, suministrando á nuestro invasor elementos de guerra.

Respecto del Austria, no obstante las repetidas protestas oficiales del gabinete de Viena, acerca de su falta de corporacion en la aventurera empresa del hermano del emperador Francisco José, recientemente se ha estado asegurando que se habia comprometido ese gobierno á proporcionar á Maximiliano 2,000 hombres cada año, para fomento de la legion extranjera que tiene á su servicio. Suponíase que en esa combinacion andaba tambien la mano de Napoleon III, el cual buscaba de esa suerte un modo de retirar sus tropas de México, sin dejar á su ahijado desprovisto del auxilio extraño, de que tan imperiosa necesidad tiene para medio sostener su efímera dominacion. La noticia relativa á ese contingente anual de dos mil austriacos, ha sido desmentida á últimas fechas, habiendo por lo mismo justo motivo para dudar de su autenticidad. Aun dándola por cierta, en ningun sentido puede estimarse alarmante para nosotros. Como auxilio del Austria en el caso de una guerra entre Francia y los Estados-Unidos, seria soberanamente ridículo el de una fuerza tan escasa. Como remedio eficaz para el evento de la retirada de las tropas francesas, seria tambien insuficiente, ó por mejor decir, inútil, por no ser concebible la permanencia de Maximiliano en México, sin la permanencia de los soldados de su protector.

Es de todo punto excusado hablar de otras potencias europeas, cuando fuera de la Inglaterra, de la España y del Austria, ninguna hay de quien pueda siquiera presumirse que auxiliara á la Francia, directa ó indirectamente, en el so-

tenimiento de su invasion de nuestra República. Resulta de consiguiente comprobado, que Napoleon se quedaria enteramente solo, en la eventualidad de una guerra con los Estados-Unidos. El resultado de semejante lucha no puede ser dudoso para nadie.

Que Napoleon solo logrará evitarla con la pronta retirada del ejército expedicionario enviado á México, lo corroboran cada dia mas los acontecimientos que siguen ocurriendo en la república vecina. De los mas importantes harémos nuestra acostumbrada reseña.

Las convenciones que se siguieron reuniendo, despues de las que mencionamos en nuestra revista anterior, imitaron la conducta de las que las habian precedido, no habiendo una sola que dejase de proclamar, como una de las bases cardinales de la política norteamericana, el sostenimiento de la doctrina de Monroe.

Con motivo de la lucha electoral habida sobre el nombramiento de senadores y diputados al congreso de la Union, los dos grandes partidos de los Estados-Unidos, á saber, el republicano y el demócrata, tuvieron frecuentes meetings, en los que los oradores mas populares y acreditados pronunciaron discursos relativos á las circunstancias actuales del país; y tampoco hubo uno solo que no hablara con entusiasmo de esa misma doctrina de Monroe, en la que tan de acuerdo están los hombres de todos colores.

Tambien en los banquetes públicos, así como en las reuniones de otra clase tenidas con diversos motivos, se ha aprovechado siempre la oportunidad de decir algo en favor de la república mexicana, condenando la intervencion francesa y el establecimiento del emperador Maximiliano. En resumen, se puede asegurar, fundándose en hechos innumerables, que nuestros vecinos no han perdido ocasion alguna

de manifestar explícitamente su profunda aversión á la política de Napoleon III en nuestros asuntos.

Entre las personas mas distinguidas que han hablado en nuestro favor últimamente, se cuentan: el general Hancock, que fué uno de los que mas sobresalieron en la reciente guerra civil de su nacion: Montgomery Blair, ex-administrador general de correos, de quien ya otras veces hemos hecho un recuerdo semejante; y los Sres. Dickinson y Haskin, que han ocupado varios puestos muy elevados, y que disfrutaban de una estimacion general. Dickinson dijo, refiriéndose á la cuestion mexicana: "El triunfo de nuestras armas, no solamente ha decidido la guerra civil en nuestro favor, sino que nos ha puesto fuera del peligro de la insolencia y agresion extranjeras, durante algunas generaciones. A su turno llegará el dia de la adversidad para los gobiernos extranjeros..... Para el emperador frances será prescuestionable su elefante mexicano. En una carta publicada poco ántes de que aceptara Maximiliano la corona de México, le recomendé, en caso de que se decidiera por aceptarla, que se dirigiera á la "feria del mundo," celebrada entonces, y solicitara el primer premio de los imbéciles, asegurándole que estuviera cierto de obtenerlo, si es que no lo habian ganado ya los suscritores ingleses al préstamo del algodón confederado. Las razones en que apoyaba mi indicacion, conservan su pleno vigor todavía. La doctrina de Monroe es una idea fija y establecida del pueblo americano, el cual la sostendrá y llevará á efecto, puesto que es tan querida de todos. Si hay alguna cosa que nuestro gobierno no tiene bastante poder para hacer, es conservar la monarquía europea en este continente, bajo cualquiera forma que sea, suponiendo que tuviera disposicion de obrar en tal sentido, la cual no existe. No puede hacerlo, porque la volun-

dad del pueblo ha decidido lo contrario, y no cambiará. Pero una vez que tenemos plena confianza en la sabiduría y patriotismo de la actual administracion, mas sabio y mas seguro es dejar á su direccion y manejo todas las cuestiones que afectan nuestras relaciones con potencias extranjeras." Haskin citó, para dar mayor fuerza á sus propias observaciones, una carta de Jefferson, cuya memoria es tan venerable en los Estados-Unidos por su patriotismo y sabiduría, en la que aquel eminente estadista se declaró por la doctrina del presidente Monroe, cuando acababa de ser proclamada.

A la serie no interrumpida de manifestaciones de esta clase, de las que no hacemos ahora mencion mas detenida en obsequio de la brevedad, y con las que tan claramente se ha expresado la voluntad uniforme del pueblo norteamericano, se han agregado recientemente palabras y actos del gobierno de Washington, que han disipado toda duda acerca de sus verdaderos sentimientos en la importante cuestion mexicana, considerada como continental, é igualmente acerca de la política definitiva y firme que se propone observar en este negocio.

Hemos mencionado ya anteriormente la nota en forma de ultimatum, dirigida por Mr. Seward al gobierno frances. Aunque destinada á permanecer por algun tiempo en el secreto de las cancillerías, su existencia y la parte esencial de su contenido, han sido prontamente conocidas del público. Los términos en que está concebida esa comunicacion eran ya demasiado explícitos, para que hubiesen dejado de surtir su efecto natural en el ánimo del emperador Napoleon, aun cuando no se hubiera llegado á revelar su remision. La publicidad que se le ha dado, hará ese efecto mayor todavía, produciendo á la vez, en union de los otros pasos con que

está en perfecta consonancia, el mas favorable resultado para la causa de nuestra independencia.

El mismo Mr. Seward, que habia sido anteriormente la rémora en que se habian estrellado los esfuerzos de nuestros mejores amigos, para que el gobierno de Washington tomara, respecto de la intervencion francesa, la actitud digna y enérgica que le corresponde, y á la que lo ha estado impeliendo la excitativa continua del pueblo cuyos destinos rige; el mismo Seward, decimos, despues de firmar la nota á que acabamos de aludir, quiso voluntariamente hacer público el cambio de su política. En un discurso que pronunció en Auburn, el 20 de Octubre último, consagró á la cuestion mexicana expresiones bien significativas. Dijo que, á pesar del celo concerniente á la observancia del principio de evitar alianzas comprometedoras, debian los Estados-Unidos seguir ejerciendo, como ántes de su guerra civil, una justa y enérgica influencia en la conducta internacional de Estados extranjeros, particularmente en la de los que están cerca en este continente, y le son especialmente caros por su adopcion de instituciones republicanas. Afirmó que esta influencia, debilitada por la guerra civil, se ejercerá con mayor fuerza que nunca, á virtud del restablecimiento de la paz. "Estoy seguro, agregó, de que este importante interes no se ha perdido de vista por el presidente de los Estados-Unidos ni un solo momento; y espero que veremos las instituciones republicanas, donde quiera que han estado establecidas hasta aquí en el continente americano, prontamente vindicadas, renovadas y vigorizadas."

Dos cosas hay que observar en este incidente: la persona que en él figura, y el lenguaje en que ha juzgado conveniente expresarse. Respecto de lo primero, es muy notable que sea quien se ha declarado por la vindicacion, renova-

cion y vigor de las instituciones republicanas, en toda la parte del continente americano en que han estado establecidas hasta aquí, nada ménos que el ministro de relaciones exteriores de los Estados-Unidos. En boca de cualquier otra personaje, con excepcion solamente del presidente de aquella república, seria de ménos importancia tan terminante declaracion. Cuando el encargado de la política extranjera de la gran nacion americana busca de propósito el modo de que todo el mundo conozca la resolucion del gobierno de que forma parte, sus palabras adquieren una importancia que no puede ser desconocida por nadie. Sube de punto esta consideracion, al reflexionar que ese ministro habia sido hasta aquí el mas fuerte opositor de la política que ahora proclama, y que ha creído acertado hacer pública su conversion, en un discurso en que bien hubiera podido omitirla, dando así un testimonio patente de su deseo de que todos sus conciudadanos, y aun los extranjeros, sepan á qué atenerse en asunto tan delicado.

El lenguaje de que se sirvió no admite tergiversaciones. En México concurren las dos circunstancias, de ser la nacion americana que está mas cerca de los Estados-Unidos, y de haber adoptado las instituciones republicanas. Puesto que estas instituciones han de ser prontamente vindicadas, renovadas y vigorizadas, donde quiera han estado establecidas hasta aquí en el continente americano, esta frase habla claramente con México y con solo México. En las otras repúblicas americanas no se ha alterado hasta aquí esa forma de gobierno, siendo México en consecuencia la única á que es aplicable lo de la vindicacion y renovacion de ella.

Tal vez habrá influido en el procedimiento de Seward, la conviccion de que necesitaba presentarse decidido por la política internacional que tan cara es á su país, ántes de la